

Adultos inacabados y niños defectuosos: sobre la naturaleza y el valor de la infancia¹

Anca Gheaus²

Una tradición filosófica que se retrotrae a Aristóteles representa a la infancia como un estado de carencia. Esta es la visión de que los niños son imperfectos, porque aún no están terminados, no son adultos³. En la reciente versión de Tamar Schapiro de este punto de vista, la infancia es un *predicamento* porque los niños carecen de plena agencia moral (Schapiro, 1999). Ser niño es encontrarse en una etapa más baja de desarrollo, una etapa que se espera que los individuos normales dejen atrás a su debido tiempo para pasar a la etapa *superior* de la edad adulta. Podría decirse que esta visión domina no solo la tradición filosófica, sino también el pensamiento actual y cotidiano sobre la infancia. Tradicionalmente, la psicología evolutiva⁴ asumía que los niños se convierten en adultos al pasar por etapas sucesivas de desarrollo intelectual y moral, siendo cada etapa posterior superior a la anterior (Matthews, 1980 y 1994). Me refiero a esta visión de la infancia como la visión de los “niños como adultos incompletos”.

En los últimos siglos, esta visión de la infancia ha sido compensada por la visión romántica de los niños como genios naturales, seres humanos aún no corrompidos moralmente por la civilización y con un acceso privilegiado a la verdad por medio de la intuición. Algunas de las mismas características que señalan a la niñez como una etapa inferior de desarrollo en la tradición neor aristotélica son responsables de la posición superior de los niños en la tradición romántica, según la cual la falta de racionalidad instrumental plena de los niños es valiosa porque les permite permanecer conectados con el resto de la naturaleza y la humanidad, y su naturaleza emocional hace posible un grado de espontaneidad y creatividad que generalmente se pierde en la edad adulta⁵. Aquí me refiero a esta visión de la relación entre la infancia y la edad adulta como la visión de “los adultos como niños defectuosos”.

Defiendo la opinión de que la infancia es intrínsecamente valiosa en lugar de tener valor solo en la medida en que conduce a una buena edad adulta. Ni la visión de los “niños como adultos inacabados” ni la más extravagante de “los adultos como niños defectuosos” son convincentes por sí mismas porque ambas son formas incompletas de contar la historia de la infancia y la edad adulta. Un breve artículo no puede resolver la cuestión del valor relativo de la niñez y la adultez, pero sugiero que es plausible que algunos tipos de valor que podemos disfrutar *plenamente* como niños sean, en el caso de la mayoría de las personas, diferentes de aquellos que podemos disfrutar como adultos. A medida que nos hacemos adultos mejoramos nuestros conocimientos y habilidades: acumulamos experiencia y controlamos mejor nuestras emociones. Por lo tanto, nos volvemos capaces de una plena agencia moral. Además, nos volvemos más decididos y adquirimos las habilidades ejecutivas necesarias para perseguir nuestros objetivos de manera efectiva y, por lo tanto, tenemos nuevos tipos de logros disponibles. Al mismo tiempo, en la transición a la edad adulta perdemos, en promedio, no solo habilidades físicas deseables como la agilidad y la flexibilidad, sino también gran parte de la plasticidad mental, la imaginación, la curiosidad y la percepción vívida, a veces sinestésica, del mundo (es decir, la capacidad de experimentar el mundo a través de más de un sentido a la vez). En el proceso, la capacidad de imaginar mundos radicalmente diferentes y las habilidades filosóficas y artísticas que teníamos de niños se pierden en general o al menos se reducen en gran medida. Por lo tanto, el cambio de la niñez a la edad adulta puede no ser *en todos los sentidos* un progreso, como diría la visión de los “niños como adultos inacabados”, o una regresión, como sugiere la visión de los “adultos como niños defectuosos”. Más bien, es una transformación de un tipo de ser humano intrínsecamente valioso a un tipo diferente de ser humano intrínsecamente valioso⁶. Mi relato se basa en el trabajo en

¹ Publicado por deferencia de la autora. Versión original: UNFINISHED ADULTS AND DEFECTIVE CHILDREN: ON THE NATURE AND VALUE OF CHILDHOOD. JOURNAL OF ETHICS & SOCIAL PHILOSOPHY | VOL. 9, NO. 1. COPYRIGHT © ANCA GHEAUS 2015. Traducción: Lourdes Gaitán Muñoz.

² Central European University. Political Science Department.
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5364-1026>
E-mail: agheaus@gmail.com.

³ Según Gareth Matthews, esta concepción todavía domina gran parte del pensamiento sobre los niños. Consultar Matthews (2014). Los trabajos filosóficos recientes sobre la infancia confirman que los pocos filósofos importantes que han abordado cuestiones relacionadas con los niños no se apartaron de esta concepción de la infancia. Véase Turner y Matthews (1998).

⁴ La obra clásica es de Lawrence Kohlberg. Ver, por ejemplo Kohlberg (1981).

⁵ Para la imagen romántica del niño, ver, por ejemplo, Kennedy (2006), especialmente, pp. 20-23. Recientemente, James Dwyer (2011) presentó un caso de superioridad moral de los niños sobre los adultos que es, en espíritu, romántica.

⁶ Y si se trata de progreso, retroceso o de ninguno de los dos depende de si el valor de la edad adulta es mayor, menor o aproximadamente igual al de la niñez. No discuto este tema aquí, pero vuelvo a él hacia el final del artículo.

filosofía con niños y en nuevas investigaciones en psicología del desarrollo. Si bien hablo de los niños en general, no hace falta decir que las afirmaciones sobre las habilidades de los niños se aplican de manera diferente a los diferentes grupos de edad; sin embargo, asumo que la distinción entre “infancia” y “edad adulta” es, como tal, pertinente.

En la siguiente sección, desarrollo la visión de los “niños como adultos inacabados”, explicando su plausibilidad e implicaciones normativas. La tercera sección presenta y discute un dispositivo heurístico para investigar el valor de la infancia. La siguiente sección explora las razones por las que la infancia tiene un valor intrínseco y especial: los niños poseen ciertas habilidades valiosas en un grado significativamente mayor que los adultos y la infancia es un momento en el que podemos aprovechar plenamente el beneficio intrínseco de la experimentación y la variedad. Por estas y otras razones, los niños pueden llevar una buena vida en varios sentidos del bienestar: como un estado placentero, como la satisfacción de simples deseos o como la consecución de ciertos bienes objetivos. (Pero no me comprometo con una concepción particular del bienestar de los niños⁷). La cuarta sección aborda la objeción de que la falta de agencia moral de los niños les impide llevar una buena vida y, por lo tanto, que la infancia no puede tener un valor intrínseco. En la sección cinco sigue una breve discusión de la visión de que los adultos son niños defectuosos, y concluyo esbozando una concepción que reconoce la verdad tanto en los puntos de vista de “los niños como adultos inacabados” como en los de “los adultos como niños defectuosos”, y por lo tanto trasciende a ambos.

1. La visión de los “niños como adultos inacabados”

Según el influyente relato de Schapiro, la condición de la infancia es, esencialmente, un predicamento. Un niño es un ser humano subdesarrollado, incapaz aún de actuar por razones propias y, por lo tanto, carente de agencia moral. A diferencia de un adulto, que puede “hablar con su propia voz, la voz de alguien que está en una relación determinada y autorizada con las diversas fuerzas motivacionales dentro de sí”, un niño es un agente que “todavía no está en posición de hablar en su propia voz porque no hay una voz que cuente como suya” (Schapiro, 1999: 729)⁸. Esto se debe a que los niños aún no han pasado por el proceso de “llegar a ser ellos mismos”, es decir, de asentarse en razones para la acción, razones que el propio niño avala y con las que se identifica. Según este punto de vista (kantiano), la agencia moral requiere precisamente este tipo de identificación con las razones propias para actuar. Por lo tanto, los niños necesariamente carecen de agencia moral, lo que hace legítimo el comportamiento paternalista hacia ellos. Según Schapiro, la infancia es un tiempo de experimentación (principalmente a través del juego) dirigido a crear un yo, o una voz, propio. La tarea esencial de los niños es convertirse en agentes capaces de agencia moral, y los adultos tienen el deber de ayudarlos en este proceso. Schapiro (1999:737) cree que los adultos deberíamos convertir “la dependencia de los niños en nuestro enemigo”, es decir, ayudar a los niños a superar la infancia lo más rápido posible, por ejemplo, alentando (o tal vez exigiendo) que los niños asuman responsabilidades de adultos tan pronto como sea posible, siempre y cuando no exijamos que los niños realicen tareas que están más allá de sus capacidades. Exigir demasiado a los niños, desde este punto de vista, es objetable simplemente porque es probable que afiance la dependencia en lugar de curarla.

Una forma extrema de la visión de que un niño es un adulto inacabado es la que representa la infancia como una desgracia y explica el deber de ayudar a los niños a crecer como un deber para evitar tal desgracia. El relato de Loren Lomasky sugiere que los niños están moralmente a la par de los adultos incapacitados cognitivamente, porque ni esos adultos ni los niños pueden perseguir proyectos adecuados. En una sección sobre “seres humanos defectuosos”, escribe que:

si uno estuviera condenado... a seguir siendo un niño a lo largo de su existencia, o a crecer en tamaño sin crecer simultáneamente en la capacidad de conceptualizar fines y de actuar por ellos, sería una desgracia personal de la mayor gravedad (1987: 202).

También los no kantianos solo han visto la infancia como valiosa en cuanto es camino hacia la edad adulta. Según Michael Slote, “lo que sucede en la infancia afecta principalmente a nuestra visión total de la vida a través de los efectos que se supone que tiene el éxito o el fracaso en la infancia sobre los individuos maduros” (1983:14). Por lo tanto, Slote descarta los logros de la infancia, que él piensa que son de importancia trivial en comparación con los logros de los adultos; mientras que los fracasos de la infancia son tan insignificantes que no cuentan para determinar lo buena que fue la vida de uno en general⁹. Los neo-aristotélicos como Slote tienen varias razones para pensar que la infancia tiene valor solo como preparación para la edad adulta: los seres humanos son organismos biológicos cuyo bien está determinado en parte por objetivos biológicos y la edad adulta es el único período de la vida en el que uno es capaz de lograr el éxito biológico medido por la capacidad de reproducirse. Del mismo modo, si el valor moral ha

⁷ Ver, por ejemplo, A. Skelton (manuscript no publicado) “Two Conceptions of Children’s Welfare,” *Journal of Practical Ethics*.

⁸ Para un punto de vista similar, ver Richards (2010).

⁹ Al menos, si la edad adulta es exitosa. Esta creencia se explica en parte por la creencia de Slote de que, en general, los éxitos posteriores hacen que los fracasos anteriores sean irrelevantes y en parte por su creencia de que los éxitos y fracasos de la infancia son tan poco importantes como los sueños (que él cree que no son importantes).

de identificarse con el ejercicio de la virtud, sólo los adultos pueden aspirar a la bondad moral en la medida en que hayan tenido tiempo de adquirir y perfeccionar el ejercicio de las virtudes.

Si alguno de estos relatos de la infancia fuera correcto, implicaría que la niñez tiene sólo un valor extrínseco, es decir, que el valor de la niñez depende de si cumple o no la función de preparar a los individuos para una buena adultez, ya sea que la bondad de la adultez se dé por la adquisición de la agencia (moral) o por la aptitud reproductiva, o por el dominio de las virtudes. Sin negar la verdad en la visión de que los niños son adultos incompletos, desafío su exactitud. Los niños muestran algunas características valiosas en mayor medida que los adultos y, si bien, en promedio, pueden carecer de la capacidad para lograr las mismas metas valiosas que los adultos, los niños son más capaces que los adultos para participar en procesos que son valiosos en sí mismos.

Pero primero vale la pena explicar la importancia normativa de este tema. Cualquier visión de la infancia y de su valor relativo en comparación con la edad adulta tiene importantes implicaciones prácticas. Si la infancia fuera en efecto meramente una etapa inferior del desarrollo, sería deseable superarla lo antes posible; *ceteris paribus*, beneficiaría a las personas convertirse rápidamente en adultas. Si, en cambio, la infancia tuviera un valor tanto intrínseco como extrínseco, exigir a los niños que crezcan lo más rápido posible podría ser un error. (Si sería o no un error dependerá de cómo se compare el valor de la infancia con el de la edad adulta. Es posible que ambas etapas de la vida tengan un valor intrínseco pero muy desigual).

También podría ser una injusticia, suponiendo que uno de los deberes que se le debe a los niños es asegurarse de que puedan tener una buena infancia y que tener una buena infancia requiere tiempo suficiente para disfrutarla. Puede ser posible ayudar a los niños a aprender cómo establecer y perseguir metas similares a las de los adultos para sí mismos de manera eficiente al sacrificar el disfrute de la infancia, es decir, ayudarlos a convertirse rápidamente en adultos. Una forma de hacerlo es entrenar a los niños para que asuman con éxito desde muy temprano las responsabilidades y libertades de la edad adulta.

Esto, sin embargo, probablemente requeriría acortar el tiempo en que pueden ser simplemente niños, es decir, experimentar por experimentar, disfrutar aprendiendo sin preocuparse por dominar el conocimiento y perseguir la belleza sin incrustar esta búsqueda en proyectos más amplios y orientados por objetivos. Sin embargo, los beneficios de la infancia, como la experimentación, el disfrute y las actividades orientadas al proceso, parecen tener valor en sí mismos. En este caso, ayudar a los niños a crecer lo más rápido posible sería privarlos de algo de valor intrínseco.

Hacer esto es especialmente objetable si, como argumentaré, la infancia también tiene un valor especial, es decir, si durante la niñez es probable que experimentemos y nos demos cuenta de cosas valiosas que es mucho menos probable que estén disponibles para nosotros durante la edad adulta. En otra parte (Gheaus, 2014) argumento que los bienes de la infancia también son buenos para los adultos y que, por lo general, no están del todo fuera del alcance de los adultos. Sin embargo, dados los hechos biológicos de los niños (como las cortezas prefrontales subdesarrolladas) y otras limitaciones de hecho (como la necesidad de que alguien trabaje para asegurar la supervivencia), los adultos no pueden esperar disfrutar de estos bienes en la misma medida que los niños. En este sentido, la infancia puede tener un valor especial aunque sus bienes no sean especiales en sí mismos.

Dejando de lado la cuestión de su duración ideal, necesitamos una concepción de la infancia para determinar los derechos de los niños y los deberes de los adultos hacia ellos. No está controvertido que los niños son inevitablemente más vulnerables que los adultos y dependen de ellos; por lo tanto, sus vidas están significativamente moldeadas por los adultos individuales que los crían, así como por las reglas e instituciones que los adultos diseñan colectivamente. La vulnerabilidad de los niños, junto con la ineludible asimetría de poder entre ellos y los adultos, constituyen una razón para creer que los adultos son colectivamente responsables del bienestar de los niños.

Pero, sin saber si la infancia debe ser valorada como algo más que una mera preparación para la edad adulta, es imposible precisar plenamente qué es bueno para un niño, qué importancia tienen los bienes de la infancia para una vida bien vivida y qué debemos a los niños. Estas preguntas tienen prosaicas implicaciones políticas, más obviamente para la ética y la política de la educación. Consideremos, por ejemplo, dos modelos incompatibles de educación temprana que actualmente están en discusión. Uno de ellos se introduce antes de la escolarización formal y fomenta la adquisición temprana de habilidades de lectoescritura y aritmética, con el objetivo explícito de preparar a los futuros adultos para que les vaya mejor en las competencias sociales y económicas. El segundo insiste en retrasar la escolarización formal hasta los 6 o 7 años y también se preocupa por el disfrute de los niños del proceso de aprendizaje (Casalini, 2014). Más allá de sus recomendaciones prácticas, los dos modelos difieren en su fundamento: el primero trata la infancia como una mera preparación para la edad adulta; el segundo reconoce que pueden ser necesarios compromisos difíciles entre una infancia óptima y una edad adulta óptima. (Por cierto, el segundo modelo también puede resultar más adecuado para promover los intereses de los niños como futuros adultos; esto es en parte una cuestión empírica).

Como hemos visto, los filósofos que asumen la concepción de los niños, como adultos inacabados, tienden a sostener que los bienes de la infancia tienen poca o ninguna relevancia para la bondad general de la vida de una persona. Sin embargo, algunos filósofos contemporáneos rechazan la concepción de “niños como adultos incompletos” y argumentan que tener una buena niñez no es valioso simplemente porque contribuye a una buena adultez. Piensan que les debemos a los niños más allá de lo que se necesita para prepararlos para una buena edad adulta (Brennan, 2014; Macleod, 2010; Swift, 2014). El resto de este artículo argumenta que tienen razón.

2. El experimento mental de Brennan

Samantha Brennan ha sugerido una forma de probar la suposición de que la infancia es un estado de deficiencia, valioso solo en la medida en que prepara para la edad adulta. Ella nos pide que consideremos “si uno quisiera, si pudiera, simplemente dar a los niños una pastilla para que crezcan” (Brennan, 2014). Supongo que el experimento mental de Brennan se basa en la suposición de que la píldora la convertiría instantáneamente a una en la misma adulta que habría sido si ella se hubiera convertido en esa adulta por medios naturales, con las mismas habilidades, capacidades y conocimientos que normalmente habría adquirido durante el curso de la niñez¹⁰.

Aquellos que respaldan la visión de los niños como adultos incompletos, especialmente la versión más extrema, responderán positivamente: si la infancia es como una discapacidad grave, puede ser racional omitirla. Considera la intuición habitual que es lamentable descender de una mentalidad adulta a una mentalidad infantil. Kamm señala que, si esta intuición se mantiene, también puede ser lamentable estar en un estado de infancia por más tiempo del necesario en el curso del desarrollo normal de la especie. Pero entonces, se deduce que “[si] la ciencia alguna vez hace posible eludir la infancia, podemos sentir lástima por aquellos que pasan por ella” (1998: 24, n. 18)

La pregunta es si el experimento de Brennan debe interpretarse como una invitación al individuo a elegir una vida más corta en general como resultado de saltarse la infancia. Supongo que pocos creen que la infancia tiene un valor nulo o negativo, de modo que existir como niño es peor o tan bueno como no existir en absoluto. Por lo tanto, sugiero enfocarse en la siguiente interpretación de la pregunta de Brennan: “¿Sería racional que el individuo se saltara su infancia y la reemplazara con un lapso igual de edad adulta?” Una respuesta positiva a esta pregunta podría indicar una de las siguientes dos creencias: que el valor de la niñez depende completamente de que sea un camino necesario hacia la adultez, o que el valor de la niñez es intrínseco, pero menor que el valor de la adultez.

Son necesarias varias advertencias. Primero, la pregunta debe entenderse como una oferta para intercambiar una infancia razonablemente buena por un período igualmente largo de edad adulta razonablemente buena. Sin esta calificación, cualquier respuesta puede simplemente indicar que las personas que responden tuvieron una infancia bastante mala. Tiene mucho sentido que alguien con una mala infancia prefiera no haber sido nunca un niño. Además, surgiría una complicación al comparar infancias y edades adultas de diferentes calidades. Por ejemplo, es concebible que una buena infancia sea mejor que una buena edad adulta y que, al mismo tiempo, una mala infancia sea peor que una mala edad adulta porque los niños tienen mucho menos control sobre sus vidas que los adultos: estar en un mal estado que uno no puede esperar cambiar puede ser particularmente malo. Al suponer que la comparación es entre infancias y edades adultas razonablemente buenas, dejo esta complicación a un lado. Finalmente, una complicación relacionada proviene del hecho de que los individuos no viven en un vacío social; más bien, los niños y los adultos viven en un mundo social estructurado por adultos que, posiblemente, tienen un sesgo hacia el cultivo de los bienes de la edad adulta¹¹. En general, los adultos deciden colectivamente las reglas de convivencia de niños y adultos (incluida la cantidad de supervisión adulta que necesitan estos para prosperar). Entonces, se puede distinguir entre dos interpretaciones de la pregunta de Brennan. Es decir, entre:

P1: ¿Sería racional que el individuo se saltara su infancia razonablemente buena y la reemplazara con un lapso igual de edad adulta razonablemente buena, en un mundo inclinado hacia hacer posible una buena edad adulta, pero relativamente desinteresado en permitir una buena infancia? (Algunos pueden encontrar que esta descripción se aproxima al mundo tal como es ahora).

Y:

P2: ¿Sería racional que el individuo se saltara su infancia razonablemente buena y la reemplazara con un lapso igual de madurez razonablemente buena, en un mundo que esté socialmente estructurado para respetar tanto el valor de la infancia como el valor de la edad adulta?

Se puede responder positivamente a P1 porque ella piensa que la infancia, tal como es posible en esa sociedad, no es lo suficientemente valiosa, dejando así abierta la posibilidad de ella respondería negativamente a la pregunta en un mundo que mostrara un respeto adecuado por la infancia¹². Si el dispositivo heurístico funciona, P2 es la pregunta relevante.

Es tentador responder positivamente a la pregunta de Brennan, por las razones explicadas en la sección anterior. Aunque argumentaré que los niños *son* racionales y poseen algunas habilidades cognitivas valiosas en un grado excepcionalmente alto, no cuestiono aquí que es poco probable que los niños tengan su propio yo o sean agentes (mo-

¹⁰ Pero si la infancia de uno es una parte constitutiva del yo adulto, tomar una píldora no puede, por definición, convertirlo en el *mismo* adulto que hubiera sido si se hubiera convertido en ese adulto por medios naturales. Creo que esta crítica indica el valor limitado, puramente heurístico, de la pregunta.

¹¹ Como sostienen tanto Matthews (1994) como Dwyer (2011), el primero con respecto a qué tipo de logros intelectuales y artísticos obtienen reconocimiento social, el segundo con respecto a la organización social de la crianza de los hijos.

¹² Puede haber un desacuerdo significativo sobre la medida en que llevar una buena vida como niño requiere la participación activa y la ayuda de los adultos. Para una descripción de lo que es para que la vida de un niño vaya bien, que asume que se necesita mucha participación de los adultos, véase Ferracioli (2014).

rales) completamente competentes, ni la relevancia de estos hechos para juzgar el valor de la infancia. Como sujetos para el paternalismo legítimo, los niños no pueden ser los creadores de sus propias vidas en la misma medida que los adultos. Pero, independientemente de lo que les falte a los niños en comparación con los adultos, tienen acceso a algunos bienes de valor intrínseco que en gran medida no están disponibles para los adultos.

3. ¿Qué hace que la niñez sea intrínsecamente valiosa?

A pesar de sus limitaciones, una niñez razonablemente buena puede tener un valor intrínseco y especial. Adelanto el siguiente argumento:

- a. Los niños no son *simples* adultos incompletos, es decir, es probable que los niños posean habilidades que los adultos probablemente hayan perdido en gran medida. Estas no son habilidades triviales, sino elementos importantes de la comprensión ampliamente respaldada de una buena vida que, además, califica a los niños para cierto grado de agencia tanto racional como moral;
- b. La experiencia de una variedad de bienes es en sí misma un bien;
 - b1. la infancia es un tiempo de intensa experimentación con una variedad de intereses y relaciones, lo cual es en sí mismo un bien; y
 - b2. niños y adultos tienen acceso privilegiado a diferentes bienes, por lo que la experiencia de haber sido niño contribuye al valor global de una vida más allá de su contribución a una mejor adultez.
- c. En virtud de (a) y (b), los niños son capaces, especialmente en un mundo que acomoda adecuadamente la infancia, de disfrutar del bienestar entendido como la realización de algunos bienes objetivos a los que los adultos tienen poco acceso. Esto no niega que la gama de bienes alcanzables por los niños puede ser más limitada que la gama de bienes alcanzables por los adultos.

(a)

La visión de los niños como adultos inacabados se basa en la suposición de que los niños muy pequeños son irracionales, los niños mayores son imperfectamente racionales y, a medida que crecen, los niños se vuelven cada vez más racionales. Esta suposición también está presente fuera de la filosofía. Gareth Matthews ha argumentado que la teoría del desarrollo infantil de Jean Piaget asume metodológicamente la racionalidad imperfecta de los niños y, por lo tanto, la concepción de los niños como adultos inacabados. Según Matthews, los compromisos metodológicos de Piaget explican por qué descartó los comentarios filosóficos de sus sujetos infantiles y, en general, la capacidad de los niños para involucrarse, a veces mejor que los adultos, con preguntas filosóficas básicas. Es difícil negar que la mente de los niños parece a veces muy diferente de la mente de los adultos. Pero, ¿se entiende mejor esta diferencia como meramente de grado de racionalidad, de modo que los niños mayores pueden, en el mejor de los casos, aproximarse a la racionalidad de los adultos, o los niños suelen poseer capacidades cognitivas diferentes a las de los adultos? A continuación esbozo el caso de la última opinión.

La investigación en filosofía y psicología del desarrollo sugiere que los niños están dotados de habilidades cognitivas que la mayoría de las personas inevitablemente pierden en gran medida a medida que crecen. En conjunto, estas teorías muestran eso y explican por qué los niños son aprendices muy rápidos e imaginativos, capaces de plantear preguntas filosóficas básicas y, a veces, de encontrar soluciones a estas preguntas. De acuerdo con estas teorías, los niños también son generalmente mejores que los adultos para imaginar mundos alternativos.

En los años 70, Gareth Matthews comenzó a participar, sistemática y conscientemente, en conversaciones filosóficas con niños, primero de manera informal y luego en programas escolares. También recopiló evidencia de anécdotas sobre las preguntas y comentarios filosóficos de los niños en conversaciones con otros adultos. Según Matthews, algunos niños, sin que los adultos se lo pidan, plantean preguntas, hacen comentarios e incluso se involucran en razonamientos que los filósofos profesionales pueden reconocer como filosóficos. Los abundantes ejemplos discutidos por Matthews en sus diversos trabajos incluyen preguntas ontológicas (“Si hubo un big bang o algo así, ¿-¿qué fue el big bang?”), preguntas epistemológicas (“¿Cómo podemos estar seguros de que no todo es un sueño?”) y preguntas morales (“¿Por qué es mejor que tres personas sean egoístas [y obtengan lo que quieren] en lugar de una sola [y obtengan lo que quiere]?”).

Aún más sorprendente, Matthews señaló que, hasta el inicio de la pubertad, los niños son, en promedio, más capaces que los adultos de involucrarse y, a veces, generar preguntas filosóficas básicas sobre la naturaleza de la realidad, el conocimiento y la moralidad¹³. Su afirmación es que los niños pequeños producen preguntas y comentarios filosóficos más interesantes, en parte gracias a la amplitud y viveza de su curiosidad y al hecho de que su pensamiento aún no ha sido demasiado afectado por puntos de vista convencionales. Antes de llegar a la pubertad, en promedio, es más fácil interesarnos en el intercambio filosófico, y es mucho más probable que las respuestas inconformistas de los

¹³ Las opiniones de Matthews sobre la capacidad de los niños para involucrarse con la filosofía han sido cuestionadas, principalmente porque los niños son incapaces de la indagación compleja e incesante que a menudo elogiamos como el principal logro filosófico. Sus críticos, sin embargo, no niegan la habilidad inusual de los niños para generar preguntas filosóficas genuinas, que es la afirmación relevante en este artículo.

niños pequeños sean el fruto de una reflexión honesta (Matthews (1980: 38) que las cosas más convencionales que dicen las personas mayores. Matthews (al igual que otros) también señala, pero discute menos, la posibilidad de que las habilidades artísticas de los niños sean, en promedio, superiores a las de los adultos; los niños son más capaces de producir dibujos estéticamente valiosos, que los adultos que no son artistas profesionales. Algunos historiadores del arte parecen estar de acuerdo: observan que muchos artistas modernistas (adultos) apreciaron y afirmaron estar inspirados por el arte de los niños (Fineberg, 1997). Esto, por supuesto, no significa que los mayores logros filosóficos o artísticos tiendan a provenir de los niños; más bien, la afirmación es que aquellos individuos que no crecen para ser filósofos o artistas (es decir, la mayoría de las personas) probablemente hayan sido mejores para plantear cuestiones filosóficas y buscar la belleza cuando eran niños que cuando son adultos.

El trabajo reciente en neurociencia y psicología del desarrollo brinda una explicación plausible de por qué los niños tienen habilidades valiosas diferentes a las de los adultos. En pocas palabras, el mensaje, en palabras de Alison Gopnik, es que:

Solíamos pensar que los bebés y los niños pequeños eran irracionales, egocéntricos y amorales. Su pensamiento y experiencia fueron concretos, inmediatos y limitados. De hecho, los psicólogos y neurocientíficos han descubierto que los bebés no solo aprenden más, sino que también imaginan más, se preocupan más y experimentan más de lo que nunca hubiéramos creído posible. De alguna manera, los niños pequeños son en realidad más inteligentes, más imaginativos, más afectuosos e incluso más conscientes que los adultos (2009: 5).

Por ahora, me centro en la primera y última de las características anteriores: las habilidades cognitivas de los niños pequeños y las peculiaridades de su experiencia sensorial. Los niños no solo son buenos espontáneamente para formular preguntas filosóficas (básicas), sino que, según Gopnik, Andrew Meltzoff y Patricia Kuhl, también son buenos para adoptar espontáneamente un marco mental científico al mirar el mundo. Los bebés y niños pequeños “piensan, sacan conclusiones, hacen predicciones, buscan explicaciones e incluso hacen experimentos” (Gopnik, A., Meltzoff, A. and P. Kuhl, P., 2008/1999: X). Durante la niñez, la plasticidad mental es mucho mayor que en la edad adulta, es decir, los niños son particularmente capaces de aprender a la luz de nuevas experiencias. Al igual que con la filosofía, los niños, por supuesto, rara vez abren nuevos caminos en la ciencia¹⁴. Carecen de la experiencia necesaria para tales logros; aún no han tenido tiempo de aprender cómo aprovechar el trabajo de muchas generaciones de científicos. La afirmación es que, en promedio, los niños usan métodos científicos más extensamente que los adultos; investigan relaciones causales, hacen predicciones y generalmente buscan explicaciones.

Gopnik explica las habilidades cognitivas sobresalientes de los niños apelando a características específicas de sus cerebros. La suya es una historia evolutiva: las cortezas prefrontales de los niños aún no están completamente desarrolladas y, por lo tanto, carecen de un fuerte control prefrontal. El control prefrontal es necesario para la inhibición de la información que no es vital para realizar una tarea específica, lo cual es particularmente útil si uno está tratando de realizar dicha tarea. Al mismo tiempo, al ayudar a reducir el enfoque, el control prefrontal impide el aprendizaje general y el libre uso de la imaginación. En palabras de Gopnik: “Para ser imaginativo, debes considerar tantas posibilidades como puedas, incluso las más salvajes y sin precedentes. ... Al aprender, desea permanecer abierto a cualquier cosa que pueda resultar ser la verdad” (Gopnik, 2009:13). La falta de control prefrontal explica por qué los niños aprenden rápido y muestran la mente abierta necesaria para la investigación filosófica y científica más que los adultos. La falta de una corteza prefrontal en los niños beneficia a la humanidad en su conjunto, porque, para progresar, los seres humanos primero deben adquirir lo suficiente de la enorme cantidad de conocimiento acumulado durante generaciones. Al mismo tiempo, una corteza prefrontal desarrollada y, con ella, el control prefrontal, brinda a los adultos el beneficio de la discriminación y el enfoque necesarios para realizar tareas (ya sean filosóficas, científicas o prácticas). Según Gopnik, como especie, debemos nuestro éxito evolutivo a la flexibilidad mental, la adaptabilidad y la creatividad que nos permiten mejorar constantemente nuestro entorno. A su vez, esto es posible gracias a una división del trabajo entre la infancia y la edad adulta: la imaginación se entrena durante la infancia humana particularmente larga y plagada de dependencias y, como adultos, aprendemos a traducir la imaginación en realidad.

Si Matthews y Gopnik y otros están en lo cierto, los niños tienden a poseer o ejercitar habilidades cognitivas y creativas que en la mayoría de los adultos se han perdido o disminuido significativamente. Estas habilidades no son triviales: les dan a los niños acceso a bienes importantes, como tener una mentalidad filosófica y científica. Ser este tipo de individuo puede ser valioso incluso si una no puede hacer mucho uso de estas habilidades; por ejemplo, si de niño una no encuentra muchos adultos dispuestos a participar en discusiones filosóficas o en intentos de explorar la explicación causal del mundo. La mera curiosidad intelectual de los niños parece valiosa independientemente de cómo contribuya al conocimiento. Pero parece ser particularmente valiosa en un mundo que hace posible que los niños disfruten en mayor medida del ejercicio de aquellas habilidades que poseen: curiosidad, facilidad de aprendizaje y propensión a indagar en cuestiones generales. Esto proporciona razones *pro tanto* contra el abandono de la infancia a cambio de más tiempo de adulto, particularmente en circunstancias que conducen a una buena infancia, es decir, un mundo en el que la creatividad y el aprendizaje de los niños se acomodan adecuadamente. (Aunque, de hecho, ninguna condición social imaginable puede inhibir por completo algún ejercicio de las habilidades creativas

¹⁴ Pero observemos noticias ocasionales sobre niños como Kathryn y Nathan Gray que descubren supernovas, o Jack Andraka que diseña pruebas médicas.

y de aprendizaje de los niños. De acuerdo con la imagen del desarrollo presentada por Gopnik y otros, los niños nunca se convertirían en adultos funcionales sin algún ejercicio de estas habilidades. Por lo tanto, una tiene razón responder negativamente incluso a la P1). Al abordar el punto (c), más abajo, argumento que, en un mundo diseñado para brindar a los niños amplias oportunidades de aprender y ser creativos, las habilidades cognitivas únicas de los niños les dan acceso a bienes valiosos, como la participación con actividades filosóficas, científicas y artísticas, que son menos accesibles para los adultos.

(b1)

Si la plasticidad mental es de hecho una marca distintiva de la infancia, esto ayuda a explicar y da crédito a la afirmación de que los niños no tienen “yoes propios”. Schapiro, por ejemplo, piensa que los niños no son capaces de tomar decisiones moralmente autorizadas porque ellos todavía no son autores de sí mismos; aún no han decidido -o no han completado las tareas de decidir- después de reflexionar, *quiénes* son.

A veces se argumenta que los niños necesitan experimentar con diferentes yoes para llegar a un yo estable. Si es así, la experimentación es instrumentalmente valiosa. Así es como Schapiro, por ejemplo, entiende la importancia del juego: “Al involucrarse en el juego, los niños más o menos deliberadamente ‘se prueban’ a sí mismos y a los mundos en los que estar. Esto se debe a que la única forma en que un niño puede ‘tener’ un yo es probándose uno” (Schapiro, 1999: 732). Sin discutir aquí el sentido limitado de los niños de un yo estable, o el valor de tener uno, sugiero que también hay algo intrínsecamente valioso en la experimentación que se hace posible por la supuesta falta de tal yo en los niños. En términos más generales, puede ser valioso para un individuo disfrutar de una variedad de bienes.

Considere la siguiente analogía: Algunas personas prueban varias ocupaciones antes de decidirse por una carrera estable a largo plazo. Experimentan con trabajos temporales, a veces haciendo cosas muy diferentes. (Una variación de este tema son los adolescentes o adultos jóvenes que se toman un “año sabático” antes de continuar sus estudios o antes de emprender una carrera). Esto puede ser instrumentalmente útil porque les permite a las personas saber dónde se encuentran sus intereses y habilidades más fuertes y, por lo tanto, los ayuda a optimizar su futuro éxito profesional. Pero también parece tener un valor intrínseco, en cierto aspecto, al contribuir a una vida más completa que la de alguien que solo ha realizado un tipo de trabajo a lo largo de toda su vida. De la misma manera, muchos adultos que eventualmente se asientan en una relación a largo plazo han tenido varios amantes transitorios. Muchos piensan que este es un camino deseable para finalmente establecerse; tal vez una variedad de amantes ayude a descubrir a través de la experiencia de primera mano lo que uno realmente está buscando en las relaciones íntimas. Pero lo bueno de experimentar no tiene por qué limitarse a avanzar hacia relaciones estables y más exitosas más adelante en la vida. También puede haber algo intrínsecamente valioso en haber experimentado intimidad con varias personas antes de decidir qué es lo que más se quiere conseguir; la experimentación y la variedad pueden ser constitutivas de una vida floreciente. No es solo que una relación a largo plazo tenga más posibilidades de ser buena gracias a otras anteriores, más experimentales; independientemente del valor instrumental de haber tenido varias relaciones, el aspecto relacional de la propia vida, en su conjunto, es más rico y, por lo tanto, mejor en general. Experimentar con el trabajo y la intimidad no solo puede generar la seguridad de que uno realmente sabe lo que quiere, sino también la sensación de haber vivido una vida más completa en estos aspectos que alguien que se instala de inmediato en un trabajo o una relación a largo plazo.

Del mismo modo, la intensa experimentación con las sensaciones, las ideas y el yo de una infancia bien vivida tiene un valor intrínseco, porque puede hacer que la vida general del individuo sea más completa de lo que podría ser si se tomara la “píldora instantánea de la edad adulta”. El valor puede consistir en la experimentación misma, o quizás sea un elemento constitutivo de la experimentación que tiene un valor intrínseco. La experimentación de los niños, como sugiere Andrew Franklin-Hall, brinda “una forma de libertad que es mucho más escasa en la edad adulta, a saber, la libertad de tener que tomar ciertas decisiones con consecuencias a largo plazo” (2013: 246). Los adultos, también, pueden experimentar, pero las elecciones que pueden hacer con pocas consecuencias a largo plazo se limitan típicamente a asuntos triviales: qué comer o qué ponerse en un día en particular. Por el contrario, los niños son libres de experimentar con cosas importantes, como compromisos o relaciones, sin tener que enfrentarse a las mismas consecuencias a largo plazo que los adultos. Incluso si la píldora convirtió al individuo en el *mejor* adulto que podría haber llegado a ser, la vida de esa persona, en conjunto, parece más pobre por su falta de experimentación infantil.

El grado de persuasión de esta afirmación dependerá no sólo de cuán acertadas se consideren las analogías, sino también de la relevancia de la siguiente objeción, perfeccionista. Se puede pensar que alcanzar varias formas de excelencia - como ejercitar una habilidad a la perfección, descubrir nuevos conocimientos o producir una hermosa obra de arte- es el bien supremo; también es algo que consume mucho tiempo. Desde este punto de vista, la experimentación es deseable solo en la medida en que es fundamental para alcanzar la excelencia, pero indeseable en la medida en que distrae de su búsqueda. Si uno pudiera disponer de más tiempo como adulto, esto es, como individuo más capaz de alcanzar con éxito la excelencia, entonces sería racional, por este motivo, tomar la “píldora de la adultez instantánea”. Una concepción del bien en la que alcanzar la excelencia es el único bien, parece inevitablemente enemiga de la idea de que la infancia tiene un valor intrínseco. Para aquellos que tienen una visión más pluralista, en la que alcanzar la excelencia es solo una de las cosas que hacen que la vida vaya bien, existe la siguiente réplica: la mayoría de las vidas

son lo suficientemente largas para alcanzar alguna excelencia sin tener que abandonar la experimentación. Hoy en día hay lugar para ambas en una vida humana de duración media.

(b2)

Incluso sin pensar que hay un valor intrínseco en la experimentación única de la infancia, se puede ver que los niños tienen un acceso privilegiado a algunos bienes, posibilitados como están por sus habilidades únicas para involucrarse en procesos de descubrimiento y en búsquedas estéticas. En este caso, si es valioso para un individuo disfrutar de una variedad de bienes, entonces la experiencia de haber sido niño contribuye al valor general de una vida más allá de su contribución a una mejor edad adulta.

(c)

Basándome en (a) y (b1), sugiero que sería irracional abandonar la infancia porque, en promedio, la vida de los niños parece ser al menos tan adecuada para el bienestar como la vida de los adultos. Consideraré tres interpretaciones contrapuestas del bienestar: como estado placentero, como satisfacción del deseo y como realización de bienes objetivos.

La infancia es a menudo retratada como una edad de oro. Algo de esto puede resultar de una tendencia general a glorificar el pasado, pero la tendencia no es absoluta. Algunas etapas de la infancia, como la parte difícil de la pubertad, a veces se clasifican como menos felices que las etapas posteriores de la vida.

Otra explicación es que los niños realmente tienen una capacidad notable para disfrutar de la vida. Pueden disfrutar más que los adultos de sus sensaciones, ideas, cuerpos, personas y lugares; son más capaces que los adultos de divertirse y reír de todo corazón. Además, la mayoría de los niños parecen menos susceptibles a algunos tipos de desdicha: rara vez, o nunca, se sienten cansados de la vida. No parecen preocupados por el sentido de las limitaciones propias y ajenas y por la inevitabilidad de la muerte, que a menudo envenena la vida de los adultos. Incluso cuando entienden que van a morir un día, los niños (al menos según la sabiduría popular) tienden a vivir como si fueran a estar aquí para siempre¹⁵.

Patrick Tomlin cree que debemos desconfiar de la afirmación anterior porque los niños también tienden a mostrar más infelicidad que los adultos. Sin embargo, puede haber una asimetría entre el valor nominal de la expresión de (in)felicidad de los niños y los adultos: los niños (pequeños) tienden a mostrar casi todas las emociones, por lo que podemos tomarlas al pie de la letra. Los adultos han sido socializados para expresar principalmente emociones placenteras; de hecho, a veces exageran las expresiones de bienestar subjetivo y reprimen las de malestar. Que los niños muestren más infelicidad que los adultos no significa que los adultos experimenten menos infelicidad que los niños.

Nuevamente, la neurociencia proporciona una explicación para algunas de las habilidades hedónicas. Gopnik informa que los niños muy pequeños perciben el mundo mucho más vívidamente y de una manera menos organizada que los adultos; su experiencia es a menudo sinestésica. Este estado, que conduce al aprendizaje y la creatividad, también es placentero y hace que sea más fácil para los niños vivir el momento¹⁶. Según su propia comparación de cómo es percibir el mundo como un bebé o un niño pequeño es como “estar enamorado en París por primera vez después de haber tomado tres espressos dobles”¹⁷.

Las concepciones alternativas del bienestar lo equiparan con la satisfacción del deseo o el logro de bienes objetivos. En una versión simple desde el punto de la satisfacción del deseo, los niños parecen disfrutar del bienestar tanto como los adultos si viven en un mundo propicio para una buena infancia. (Sin embargo, si la perspectiva se refiere a la satisfacción de deseos que son estables en el tiempo y respaldados de forma autónoma, excluirá a los niños). Al igual que los adultos, los niños tienen deseos e incluso proyectos, por ejemplo, buscan activamente el placer, el conocimiento o las amistades. Es cierto que el acceso a algunas de las cosas que los niños desean puede ser (legítimamente) restringido por los adultos, pero, al mismo tiempo, el acceso a algunas de las cosas que los adultos desean está, inevitablemente, fuera de su alcance. Nuevamente, la sabiduría del sentido común representa los deseos de los niños como orientados hacia objetivos más simples y, como tales, más fáciles de satisfacer que los deseos de los adultos.

Finalmente, algunos creen que el bienestar es lo mismo que la consecución de bienes objetivos. Es probable que algunos de los bienes más ampliamente reconocidos, como el logro de varios tipos de excelencia, sean menos accesibles para los niños que para los adultos. Sin embargo, ocurre lo contrario con respecto a otros bienes. Anteriormente mencioné que los niños pequeños pueden ser más capaces que los adultos para participar en la investigación científica y filosófica (especialmente si la filosofía se entiende como pensamiento crítico en lugar del desarrollo de teorías complejas). A veces se hace el mismo argumento sobre la capacidad de los niños para participar en actividades artísticas¹⁸. Matthews, por ejemplo, escribe:

¹⁵ Brennan (2014) also discusses children’s sense of timelessness, possibility and absolute trust as bonuses of childhood. It seems plausible to me that all of these features protect children from some of the misery to which adults are vulnerable.

¹⁶ Una pregunta interesante es si los niños tienen más probabilidades de ser felices que los adultos, en igualdad de condiciones. Por ejemplo, ¿es más probable que entren y permanezcan en el llamado estado de “flow”?

¹⁷ Del perfil de investigación de Gopnik, en: research.universityofcalifornia.edu/profiles/2012/05/alison-gopnik.html

¹⁸ Algunos artistas parecen estar de acuerdo con esto. Se dice que Picasso afirmó que “Cada niño es un artista. El problema es cómo seguir siendo un artista una vez que crecemos”.

Para muchas personas, el arte o la filosofía de su infancia nunca es igualado, y mucho menos superado, por el arte o la filosofía de su vida adulta. Si pintar o hacer filosofía tiene algún valor no instrumental para ellos, es su arte infantil y su filosofía infantil las que tienen ese valor (1994: 123).

La neuropsicología sugiere que el talento artístico especial de los niños se debe a sus niveles atípicamente altos de creatividad general, conciencia vívida del mundo y capacidad para la experiencia sinestésica.

Incluso si Matthews tiene razón, esto no implica que ni los niños ni la mayoría de los adultos tengan éxito en crear conocimiento o belleza. El escéptico puede preguntarse cuál es el valor (aparte del placer) de las actividades filosóficas, científicas y artísticas si se carece de la técnica, la discriminación y la tenacidad necesarias para producir resultados sobresalientes. Asumo que ejercer una propensión a investigar las causas de las cosas y el significado de los conceptos, así como tratar de crear objetos hermosos o sorprendentes, son actividades valiosas, independientemente de su resultado. He aquí, en palabras de Bertrand Russell, una explicación de por qué es bueno comprometerse, por ejemplo, en la actividad de la filosofía incluso si uno no se acerca más a la verdad: la filosofía,

mientras que disminuye nuestro sentimiento de certeza sobre lo que son las cosas... aumenta mucho nuestro conocimiento sobre lo que pueden ser; esto elimina el dogmatismo algo arrogante de aquellos que nunca han viajado por la región de la duda liberadora, y mantiene vivo nuestro sentido de asombro al mostrar cosas familiares en un aspecto desconocido (1999: 114).

Para los niños, estos estados mentales, de certeza disminuida sobre cómo son las cosas y una imaginación vívida de posibilidades, de falta de dogmatismo arrogante y de una sensación de asombro, son algo natural. Si hay un valor intrínseco en ser el tipo de persona que disfruta regularmente de tales estados mentales, entonces la niñez es intrínsecamente valiosa. Los bienes fácilmente disponibles para los niños, y rara vez para los adultos, pueden o no ser también instrumentales (por ejemplo, pueden dar forma a futuros científicos o reformadores políticos), pero incluso cuando no lo son, siguen siendo valiosos.

4. La agencia moral de los niños

Una objeción obvia al punto de vista que defiende es que los niños no pueden llevar una buena vida y, por lo tanto, la infancia no puede tener un valor intrínseco, a menos que los niños tengan agencia moral¹⁹. La opinión de que los niños son adultos incompletos representa a los niños como deficientes tanto en agencia moral como racional. Parte de la discusión anterior explica por qué los niños tienen una agencia más racional que la que tradicionalmente se les atribuye. Supongo que la plena agencia moral presupone un grado de conocimiento sobre el mundo que está fuera del alcance de los niños muy pequeños, así como una mayor capacidad para imaginarse a sí mismo con precisión en el futuro que la que tienen la mayoría de los niños.

Sin embargo, incluso los niños pequeños tienen algún conocimiento del mundo y adquieren progresivamente autocontrol y un sentido de sí mismos como algo prolongado en el tiempo. Además, ser un agente moral también requiere un nivel adecuado de empatía, altruismo y comprensión de las demandas morales. Los agentes morales deben ser capaces de comprender cómo se sienten los demás y estar dispuestos a ayudar por motivos ajenos al interés propio. Este sentido de “empatía” a veces se describe como “simpatía”: “la preocupación simpática por una persona implica cierta preocupación por su bien y cierto deseo de promoverlo” (Darwall, 1998). Empleo el término “empatía” porque se usa más ampliamente en investigación empírica a la que me refiero.

La misma investigación que muestra que los niños son más imaginativos y aprenden mejor que los adultos también indica que los niños de tan solo 2 años son capaces de realizar acciones altruistas y que tienen niveles más altos de empatía que los adultos²⁰. Una niña de 2 años puede comprender que los demás sienten un dolor que ella, la niña, no siente, o que otros desean cosas que ella, la niña, no desea. La explicación de esto, según Gopnik, radica en parte en la mayor curiosidad de los niños por la mente de otras personas, lo que también hace posible los intentos de los niños de imponer su voluntad a los demás (y que tiene una explicación evolutiva obvia, dado que los niños dependen de la voluntad de los demás para avanzar en sus fines). Escribe Gopnik: “Este tipo de empatía exige la misma comprensión sofisticada de otras personas que vemos en los terribles *dos*” (Gopnik et al., 2008/1999: 55). Además, una niña de 2 años es capaz de preocuparse por el dolor de otra persona que no siente, o por otra el deseo de la persona que ella no comparte, y tratar de calmar el dolor o ayudar a cumplir el deseo.

Los hallazgos de Gopnik con respecto a la empatía y el altruismo de los niños se alinean con la experiencia de Matthews con niños que practican filosofía moral. Él también señala que es más probable que los niños ejerzan empatía y presten atención a los demás que los adultos, aunque su explicación es más social que biológica:

¹⁹ Para la visión de que la moralidad es una condición previa para llevar una buena vida, véase Korsgaard (1983).

²⁰ Adicionalmente, se hace referencia a investigaciones empíricas más antiguas, con la misma conclusión en Jaworska (2007).

Las personas se sienten abrumadas o cada vez más preocupadas por sus propias agendas personales. Cuando eso sucede, incluso un niño muy pequeño e inexperto puede sorprendernos a los adultos con una respuesta directa y enfática, por ejemplo, una persona sin hogar que intenta calentarse en una caja de cartón debajo de un puente (1994: 65).

Como en el caso de las habilidades cognitivas de los niños, la relevancia de estos hallazgos sobre los niños para su estatus como agentes morales no es sencilla. Se discute el papel de la empatía en la ética. Pocos negarían que cierta capacidad de sentir empatía es necesaria para el albedrío moral. Sin embargo, hay desacuerdo en cuanto a su importancia en relación con la comprensión y la actuación sobre los principios. Según algunos filósofos, la empatía como capacidad emocional para preocuparse por los demás es una condición suficiente para poseer una posición moral plena (Jaworska (2007)). Las teorías del desarrollo moral informan el debate entre Lawrence Kohlberg y Carol Gilligan sobre las etapas del desarrollo moral.

Kohlberg, quien se basó en el trabajo de Piaget, argumentó de manera influyente que el juicio moral se desarrolla a través de seis etapas, que pasar de una etapa a la siguiente representa una mejora y que uno solo puede llegar a una etapa después de haber pasado por las anteriores. Kohlberg llamó a las dos primeras etapas pre-convencionales para enfatizar que alguien en estas etapas está motivado principalmente por el miedo al castigo y el deseo de recompensa. Estar en una de las siguientes dos etapas, llamadas convencionales, es estar motivado por las relaciones interpersonales, buscar la aprobación social y desear mantener la armonía social. Los sujetos que alcanzan las dos últimas etapas, llamadas pos-convencionales, están motivados por su comprensión de principios abstractos, como los que sostiene la teoría del contrato social o por un requisito de universalizabilidad similar al kantiano. Kohlberg y sus seguidores creían que los niños antes de la adolescencia se encuentran en una de las etapas pre-convencionales. Si tanto esta teoría del desarrollo moral como las creencias empíricas sobre la motivación de los niños fueran correctas, esta sería una razón para descalificar a los niños de la consideración de agentes morales. Deseo indicar tres líneas plausibles para resistir esta conclusión.

Primero, según Gopnik y otros, los niños de tan solo 2 años resultan ser capaces de la motivación que mejor se ajusta a las etapas convencionales de Kohlberg: interés en el bienestar de otras personas. El mismo Kohlberg creía que la mayoría de los adultos permanecen en uno de estos niveles intermedios de desarrollo. Esto significa que uno no puede negar algún albedrío moral a los niños a menos que esté dispuesto a negárselo a la mayoría de los adultos.

En segundo lugar, la teoría de Kohlberg ha sido completamente cuestionada por Carol Gilligan dentro del campo de la psicología y por la tradición posterior de la ética del cuidado, basada en Gilligan y, a veces, en la tradición del siglo XVIII del sentimentalismo moral en la ética (Gilligan, 1982).

El núcleo del desafío es que simplemente no es cierto que la motivación moral en términos de las necesidades de otras personas y de la importancia de preservar las relaciones sea inferior a la motivación moral en términos de reglas universalizables. No puedo entrar aquí en los detalles de este debate, pero gran parte gira en torno a la creencia de que responder a las necesidades de las personas, independientemente de si esto promueve el mayor bien o respeta las restricciones deónticas, es lo que la gente moralmente buena realmente hace. (Y así, la ética del cuidado a menudo se considera una forma de ética de la virtud). Si esta creencia es cierta, significa que estar en las llamadas etapas convencionales, como suelen estar los niños, según Gopnik y Matthews, no significa que uno sea moralmente deficiente. Por el contrario: significa que uno muestra reacciones morales totalmente adecuadas. Esto está en línea con la moralidad común y la tradición del sentimentalismo moral. Además, la idea de que las necesidades de los demás y nuestras relaciones con ellos deberían motivarnos moralmente encuentra acomodo en algunas teorías que fundamentan la moralidad en principios imparciales, como las versiones del utilitarismo, que reconocen la brecha entre la motivación moral y la comprensión de lo que realmente hace que una acción particular sea moral.

Una tercera línea de razonamiento es aún más persuasiva. Es un error anteponer la capacidad de respuesta a las necesidades de las personas en lugar de actuar sobre principios morales universales e imparciales. Si es así, la taxonomía de etapas de desarrollo moral de Kohlberg, al menos más allá de las etapas pre-convencionales, es profundamente defectuosa. Es teóricamente posible y deseable actuar simultáneamente sobre principios morales y en respuesta a las necesidades de los demás. (De hecho, esto se sugiere en los puntos de vista posteriores de Gilligan, quien a menudo usa metáforas de la psicología de la gestalt para decir que podemos cambiar entre la perspectiva del razonamiento imparcial y la perspectiva del cuidado al evaluar un mismo problema).

Queda por demostrar que los niños son capaces de comprender los principios morales y, de hecho, esto es lo que indica la investigación en psicología del desarrollo²¹. Los experimentos informados por Gopnik (2009) sugieren que los niños pequeños saben lo que significan las reglas convencionales, es decir, que hay convenciones sociales que ellos debe seguir, y que las reglas emiten permisos, obligaciones o prohibiciones, y que las reglas pueden cambiarse. Los niños de hasta dos años y medio entienden que el mero hecho de que una figura de autoridad establezca una regla no significa que esa regla sea moralmente aceptable. Distinguen el incumplimiento de las reglas de lo que es moralmente aceptable, como lo sugiere el hecho de que los niños pequeños respondan afirmativamente a la pregunta: “¿Estaría bien hablar a la hora de la siesta si todos los maestros lo dijeran?” y negativamente la pregunta: “¿Estaría bien golpear a otros niños si todos los maestros lo dijeran?”. Si alguien cree que las reglas se pueden cambiar y que su valor moral deriva de una fuente que es independiente de la figura de autoridad que las hace, se puede decir que esa

²¹ El trabajo pionero en la comprensión de la distinción entre reglas convencionales y principios morales fue realizado por Turiel (1983).

persona tiene, aunque solo sea implícitamente, el concepto de un principio a la luz del cual las reglas convencionales pueden juzgarse.

Todo esto no quiere decir que la agencia moral de los niños sea tan robusta como la de los adultos, ni que se les deba atribuir los mismos niveles de responsabilidad y autonomía que atribuimos a los adultos. Los niños carecen de la experiencia y el autocontrol pertinentes. Por estas razones, el rango de situaciones en las que es apropiado responsabilizar a los niños es inevitablemente mucho más estrecho que el rango de situaciones en las que es apropiado responsabilizar a los adultos, porque se puede responsabilizar a los niños, incluso si, en un rango más limitado de casos que los adultos, parece que su agencia moral merece respeto al igual que la de los adultos. Entonces los niños no son moralmente deficientes de una manera que haría racional que un individuo quisiera saltarse la niñez. Además, si es cierto que los niños son más capaces de preocuparse por los demás que los adultos, como sugieren Gopnik y Matthews, es probable que la transición de la niñez a la edad adulta implique una pérdida de valor tanto moral como cognitivo.

5. ¿Los adultos como niños defectuosos?

He tratado de reivindicar una imagen de los niños, incluso de muy corta edad, que nos resulta familiar por muchas fuentes, empezando por la tradición romántica, con su énfasis en la creatividad y la sensibilidad moral de los niños. La neurociencia moderna y la psicología del desarrollo proporcionan una buena base para rechazar la imagen de los niños como meros adultos incompletos. En pocas palabras, y, de nuevo, en palabras de Gopnik:

Los niños no son solo adultos defectuosos, adultos primitivos que gradualmente alcanzan nuestra perfección y complejidad. En cambio, los niños y los adultos son formas diferentes de *Homo sapiens*. Tienen mentes, cerebros y formas de conciencia muy diferentes, pero igualmente complejas y poderosas, diseñadas para cumplir diferentes funciones evolutivas (2009: 9).

Esto es una exageración. Lo que Gopnik muestra de hecho es que los niños y los adultos sobresalen en diferentes cosas. Aun así, la otra cara de la moneda de rechazar la opinión de que los niños son adultos inacabados es que uno tiene que aceptar la idea de que los adultos son, en cierto modo, niños defectuosos. Si los niños son mejores exploradores del mundo, más creativos y más empáticos, esto significa que los adultos han perdido algunas de las habilidades valiosas de los niños. En los aspectos relevantes, los adultos son, en comparación con los niños, defectuosos.

La forma extrema de la visión romántica está ilustrada por Peter Pan, que nunca quiere crecer. Si la visión de “los adultos como niños defectuosos” fuera verdadera y completa, crecer sería lamentable y el deseo de Peter Pan sería la única actitud racional con respecto al crecimiento²². Sin embargo, es muy poco convincente que la visión romántica sea verdadera y completa. La edad adulta también tiene un valor intrínseco y permite el acceso a bienes que rara vez, y algunos de ellos nunca, están disponibles para los niños.

A diferencia de la visión tradicional de los niños como adultos incompletos, la visión romántica de los adultos como niños defectuosos nunca tuvo la intención de capturar la verdad completa sobre la naturaleza de la niñez y la edad adulta; los románticos no dieron a entender que la edad adulta se considera inferior a la niñez, porque no adoptaron la improbable visión de que podemos, durante la niñez, tener acceso a *toda* la gama de bienes disponibles para los seres humanos. Más bien, destacaron las mejores características de la niñez para explicar por qué debemos proteger a los niños de demasiada responsabilidad²³. La creencia de que los adultos son niños defectuosos al igual que los niños son adultos inacabados también da crédito a la opinión de que es deseable que los adultos conserven las cualidades infantiles en la medida en que esto no interfiera con las responsabilidades de los adultos²⁴.

6. Conclusiones

Si tanto la niñez como la adultez tienen un valor intrínseco y especial, no sería irracional elegir una sobre la otra a menos que una fuera de *mucho mayor* valor. Considere esto: hay valor tanto en convertirse en médico como en convertirse en artista, y las dos actividades brindan acceso a bienes muy diferentes. Por lo tanto, en igualdad de condiciones, es racional elegir cualquiera de estos. Del mismo modo, tomar la píldora en el experimento de Brennan o ser Peter Pan sería racionalmente justificable. Esta conclusión no es incompatible con la creencia de que los adultos tienen el deber de ayudar a los niños a crecer y asumir responsabilidades de adultos. El hecho contingente de que los adultos envejezcan y se vuelvan frágiles significa que no pueden cuidar a sus hijos sin cesar. Si bien no sería una

²² También necesitaríamos repensar radicalmente nuestro mundo social, incluida la distribución de recursos entre niños y adultos y las demandas que conlleva ser padre. La tesis de James Dwyer (2011) de que los niños tienen un estatus moral más alto que los adultos es la defensa más cercana a este punto de vista que conozco.

²³ Véase, por ejemplo, J. Rousseau (1979/1762: 79) “Ama la infancia; promover sus juegos, sus placeres, su amable instinto. ... ¿Por qué queréis privar a estos pequeños inocentes del goce de un tiempo tan corto que se les escapa y de un bien tan precioso del que no saben abusar?”

²⁴ Argumento estas conclusiones en Gheaus (2014)

tragedia seguir siendo un niño si uno pudiera recibir el cuidado de un adulto para siempre, en el mundo real es bueno que los niños se conviertan en adultos, pero no renunciando al disfrute de los bienes de la infancia.

De hecho, algunos seguirán convencidos de que el valor de la edad adulta es mucho mayor que el de la niñez. Pueden valorar, sobre todo, los resultados: un nuevo descubrimiento, una obra maestra artística, la salvación de miles de personas. La infancia no es el momento en que uno puede esperar razonablemente lograr cualquiera de estas cosas. Una puede creer que, cualquiera que sea el valor intrínseco que pueda tener la infancia, es fácilmente superado por el valor de la edad adulta.

Pero sostengo que incluso alguien que tiene una concepción tan perfeccionista del bien tiene motivos para estar interesado en proteger los bienes que hacen que la niñez sea intrínsecamente valiosa. La niñez puede ser un predicamento en algunos sentidos, pero en otros es un privilegio: el privilegio de tener habilidades superiores para aprender y experimentar. La protección que brindamos a los niños, a veces en la forma de negarles la responsabilidad que conlleva la libertad de los adultos, puede y debe tener un doble propósito. Debemos promover su bien como futuros adultos (los niños necesitan protección para llegar a la edad adulta y hacer realidad parte de su potencial infantil), pero también promover su bien como niños. Obligar a los niños a trabajar demasiado y jugar muy poco no solo contribuirá a una infancia más pobre, sino probablemente también a una edad adulta peor al interferir con el desarrollo óptimo. Además, una buena adultez incluye el recuerdo de una buena infancia. La relación entre las dos etapas de la vida es, en este sentido, asimétrica: la maldad de la edad adulta de un individuo no quita el valor de una buena infancia; mientras que una mala infancia siempre puede ensombrecer la bondad del futuro.

En una concepción del bien que incluya más que las metas perfeccionistas antes mencionadas, entonces, contra Lomasky, que alguien permanezca misteriosamente en el estado de niñez no sería una tragedia; la suya sería una vida que valdría la pena vivir porque la niñez es intrínsecamente valiosa. Si bien esto no sería una tragedia, probablemente sería una pérdida: dado que tanto la niñez como la edad adulta brindan un acceso privilegiado a bienes específicos, ambos son inherentemente integrales para una vida óptima²⁵.

7. Referencias bibliográficas

- Brennan, S. (2014) "The Goods of Childhood and Children's Rights," in F. Baylis and C. McLeod, eds., *Family-Making: Contemporary Ethical Challenges*, Oxford: Oxford University Press, pp. 29-48;
- Casalini, B. (2014) "The Early Childhood Education and Care Policy Debate in the EU," *Interdisciplinary Journal of Family Studies* IX (1): 77-94.
- Darwall, S. (1998) "Empathy, Sympathy, Care," *Philosophical Studies* 89(2-3): 261-82.
- Dwyer, J. (2011) *Moral Status and Human Life: The Case for Children's Superiority*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Ferracioli, L. (2014) "The State's Duty to Ensure that Children Are Loved," *Journal of Ethics & Social Philosophy* 8(2).
- Fineberg, J. (1997) *The Innocent Eye: Children's Art and the Modern Artist*, Princeton: Princeton University Press.
- Franklin-Hall, A. (2013) "On Becoming an Adult: Autonomy and the Moral Relevance of Life's Stages," *Philosophical Quarterly* 63(251): 223-47.
- Gheaus, A. (2014) "The 'Intrinsic Goods of Childhood' and the Just Society," in A. Bagattini and C. Macleod, eds., *The Nature of Children's Well-Being*, Dordrecht: Springer, pp. 35-52.
- Gilligan, C. (1982) *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Gopnik, A. (2009) *The Philosophical Baby: What Children's Minds Tell Us About Truth, Love, and the Meaning of Life*, New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Gopnik, A., Meltzoff, A. and P. Kuhl, P. (2008/1999) *The Scientist in the Crib: What Early Learning Tells Us About the Mind*, HarperCollins e-books.
- Jaworska, A. (2007) "Caring and Full Moral Standing," *Ethics* 117(3): 460-97.
- Kamm, F.M. (1998) *Morality, Mortality, Vol. I: Death and Whom to Save from It*, Oxford: Oxford University Press.
- Kennedy, D. (2006) *Changing Conceptions of the Child from the Renaissance to Post-Modernity: A Philosophy of Childhood*, Lewiston, NY: The Edwin Mellen Press
- Kohlberg, L. (1981) *Essays on Moral Development, Vol. I: The Philosophy of Moral Development*, San Francisco: Harper & Row.
- Korsgaard, C. (1983) "Two Distinctions of Goodness," *The Philosophical Review* 92(2): 169-95.
- Lomasky, L. (1987) *Persons, Rights and the Moral Community*, Oxford: Oxford University Press.
- Macleod, C. (2010) "Primary Goods, Capabilities, and Children," in H. Brighouse and I. Robeyns, eds., *Measuring Justice: Primary Goods and Capabilities*, Cambridge Brighouse
- Matthews, G. (1980) *Philosophy and the Young Child*, Cambridge, Mass. and London: Harvard University Press
- Matthews, G. (1994) *The Philosophy of Childhood*, Cambridge, Mass. and London: Harvard University Press.

²⁵ Los intercambios con Patrick Tomlin mejoraron mi comprensión de lo que está en juego en la afirmación de que la infancia tiene un valor intrínseco. Gracias al público de Sheffield y Londres, Christopher Bennett, Brunella Casalini, Christine Bratu, Luara Ferracioli, Tim Fowler, Colin Macleod, Lindsey Porter, Sara Protasi, Norvin Richards, Anders Schinkel, Maria Schwartz, al revisor anónimo de esta revista y al revisor anónimo del *Journal of Moral Philosophy*. El trabajo para este artículo también fue apoyado por el Consejo Sueco de Investigación, subvención no. 421-2013-1306. Estoy sumamente agradecida a Lourdes Gaitán por traducir este artículo al español.

- Matthews, G. (2014) "The Philosophy of Childhood", en E. Zalta, ed., *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, plato.stanford.edu/entries/childhood.
- Richards, N. (2010) *The Ethics of Parenthood*, Oxford: Oxford University Press.
- Rousseau, J. (1979/1762) *Emile: or On Education*, A. Bloom, trans., New York: Basic Books.
- Russell, B. (1999) *The Problems of Philosophy*, New York: Dover Publications.
- Schapiro, T. (1999) "What Is a Child?" *Ethics* 109(4): 715-38.
- Slote, M. (1983) *Goods and Virtues*, Oxford: Clarendon Press.
- Swift, A. (2014) *Family Values*: Cambridge University Press, pp. 174-92; H.: *The Ethics of Parent-Child Relationships*, Princeton: Princeton University Press.
- Tomlin, P. (2018) "Saplings or Caterpillars? Trying to Understand Children's Wellbeing," *Journal of Applied Philosophy*, 35(S1): 29-46.
- Turiel, E. (1983) *The Development of Social Knowledge: Morality and Convention*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Turner, S. y Matthews, G. eds. (1998) *The Philosopher's Child: Critical Perspectives in the Western Tradition*, Rochester: University of Rochester Press.